



LA COLUMNA DE LA BEATRIZ OVALLE



Desde que un periodista chileno —de nombre Jorge Marchant— (perdón, Marchant Lazcano, porque como es figurón, le gusta salir siempre con sus dos apellidos) me “utilizó” como protagonista de su novelita (¿alguien la ha leído?) la tranquilidad se acabó para mí. He llegado incluso a pensar en abandonar el país. Pero Marchant me amenaza con mandar el libro al lugar de mi nueva residencia. Lo único que me reconforta es ver que, al menos, soy mucho más popular que él. Y gracias a eso, ahora tengo la posibilidad del desquite, al convertirme en nueva columnista de Revista BRAVO.

Ojalá nadie ponga en duda mi capacidad para desempeñarme en esta página. No prometo ser tan brillante como nuestro amigo Iglesias, quien, según tengo entendido, prepara un libro con sus doctas y divertidas siete columnas que bien merecen el título de “Los siete pilares de la sabiduría”, o mejor de “Lo comido y lo bailado”, aunque Pablo Huncus Cox lo acuse de plagio.

Lo que sí pretendo, es dejar ciertas cosas bien claras. De partida, el asunto es de la pornografía. Porque, claro, con la portada de la niña desnuda tendida en la cama, cualquiera ha pensado que yo vengo a ser una Fanny Hill chilena. Una tía mía, que en su vida leyó algo más que “Mujercitas”, tuvo la infeliz ocurrencia de leer mi “biografía”: “Mijita” —me dijo luego— “¿había necesidad de ser tan descriptiva?”

Yo, inmediatamente, le eché la culpa al escritor. Baneé términos como maniaco, neurótico, misógino, claustrofóbico. Mi tía no entendió nada. Ahora, cuando me vea escribiendo en una revista con desnudos femeninos, no sé a quién le voy a echar la culpa. (¿A Gekic quizás?)

No me cabe duda que es por esa “mala fama” por la que me llamaron de esta revista. Estoy segura. Porque si yo hubiera sido una heroína al estilo de las chinas tontas de Pearl Buck (¿y que le hayan dado premio Nobel!) me tendrían ahora escribiendo en... ¿dónde?... con tantas Jackie Osmassis, Carolinas de Mónaco, Brooke Shields y otras muñecas de bien dudosa fama que ocupan nuestras sobrias páginas femeninas, a lo mejor, en una de esas me habrían aceptado en “El eco de Lourdes”.

En todo caso, no me quejo. Este tipo de revistas (digo como BRAVO) siempre han sido del gusto de la G.C.U. (gente como uno). Y es histórico. En 1773, los ingleses sofisticados recibían la primera publicación erótica. Se llamaba “La Revista de Covent Garden, o una recopilación erótica, proyectada solamente para el entretenimiento del mundo elegante”. Un tiempo después, apare-

ció “The Rambler’s Magazine” (La Revista del Vagabundo, o los Anales del Gulanteo, de la Alegría, del Placer y del Buen Tomo: proyectada para el entrenamiento del mundo elegante). A ésta no le fue muy bien. Se cerró algunos años más tarde porque el público la encontró “demasiado tímida y demasiado moral”. (Ojo BRAVO). ¿Y saben de qué se trataban esas revistas? Se especializaban en escándalos, cuentos eróticos, exotismos como ritos matrimoniales extraños en diversas partes del mundo, pugilismo femenino (?), chismes de clubes privados (Todo eso lo podemos leer en la más inocente publicación de hoy).

La gracia es que entonces nadie andaba cuestionando si la revista era o no era “pornográfica”. Los ingleses, en realidad, vinieron a descubrir la pornografía con la reina Victoria, quien comenzó a ocultarlo todo, empezando por su fofó cuerpo. Algunos años después de la muerte de la reina, el “victorianismo” no se había acabado, y una de sus víctimas, el escritor D. H. Lawrence, señaló: “sin ocultación no habría pornografía”. Al creer que la pornografía era signo de una condición malsana del sistema, agregó que “la manera de tratar la enfermedad es sacar a la luz del día la sexualidad y los estímulos sexuales”.

Y como a mí me encanta la idea de que me comparen con Lady Constance Chatterley (al fin y al cabo, a estas alturas del siglo, tenemos bien en claro que no es ninguna perversidad) hago mío el pensamiento de su “papá”. D. H. creía que la sexualidad —y ahí estaba lo malo—, se nos había subido a la cabeza, y hay que hacerla volver al dominio de lo inconsciente. Al respecto, mi psicoanalista (argentino, of course) dice que yo cuando chiquita era una obscura maniaca sexual... Igual que todos ustedes. ¿Nunca escucharon hablar de “la amnesia de la infancia”? Algunas personas mejor que ni lo sepan, porque si se llegan a enterar de lo que tienen oculto...

Los años, la educación, la familia, hicieron de mí esta Beatriz Ovalle que ahora tiene que defenderse (por culpa de Marchant) porque el sexo en Chile se nos fue a la cabeza, y teorizamos y discutimos acerca de él, con la misma sensualidad que la reina Victoria.

Un último punto: los que hasta este momento creían que yo soy una ferviente admiradora de las prácticas sexuales libres, están muy equivocados. La educación recibida fue más fuerte que mi propio inconsciente. ♀

La Columna de la Beatriz Ovalle. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Columna de la Beatriz Ovalle. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile